

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 29.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 10.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

DDICA

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE

ELABORADO - DISEÑADO

40

Quito - Ecuador, abril de 1997

EDITORIAL

COYUNTURA

Nacional: Crisis política y retorno al gradualismo / 5 - 20

Marco Romero

Política: La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política / 21 - 33

Hernán Ibarra

Conflictividad Social: Noviembre de 1996 a Febrero de 1997 / 35 - 44

Internacional: Crecimiento económico y riesgos de marginalización en tiempos de globalización / 45 - 57

Wilma Salgado

Equipo Coyuntura "CAAP"

TEMA CENTRAL

Globalización o nueva división internacional del trabajo / 59 - 71

Jürgen Schuldt

Un recuento de sus mitos: La globalización, el gran invento de nuestro tiempo / 72 - 94

Alberto Acosta

El proceso de globalización económica / 95 - 99

Ana Lucía Armijos

Globalización y la nueva retórica del desarrollo. Introducción al análisis de un régimen internacional / 100 - 122

César Montúfar

Etnicidad y globalización: La otra historia del movimiento de indígenas migrantes en la frontera México-Estados Unidos / 123 - 142

Carmen Martínez-Novo

ENTREVISTA

¿Qué le está pasando al Estado? / 143 - 151

Entrevista hecha por *Ruddy Santana* a

Eric Hobsbawm

PUBLICACIONES RECIBIDAS / 153 - 156

DEBATE AGRARIO

Bioprospección en el Ecuador: Los casos de la Ayahuasca y el Convenio ESPOCH - Universidad de Illinois / 157 - 167

María Sol Bejarano

Causas estructurales de la deforestación en la amazonía ecuatoriana / 168 - 185

Lucía Burgos

ANALISIS

Los enfoques de género: Entre la gettoización y la ruptura epistemológica / 187 - 209

Gioconda Herrera

Género y medio ambiente / 210 - 222

Antonio Romero

Regionalización y descentralización post Bucaram / 223 - 228

Fernando Carrión M.

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Identities indias en el Ecuador contemporáneo / 229 - 231

Coordinador: José Almeida Vinuesa

Comentarios de José Juncosa



Un recuento de sus mitos: La globalización, el gran invento de nuestro tiempo

Alberto Acosta (*)

"Dondequiera que haya gran propiedad, hay gran desigualdad. Por cada hombre rico debe haber por lo menos quinientos pobres, y la opulencia de los ricos supone la indigencia de la mayoría"

Adam Smith, "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones", 1776

De la experiencia de los años recientes podemos concluir que presenciamos la configuración de una suerte de (des)orden mundial no muy estable y tampoco muy operativo; basta ver la incapacidad política para resolver algunos conflictos regionales y el enorme potencial conflictivo a nivel comercial y financiero en los centros de poder.

La globalización es el tema de moda. En todas partes se habla de ella. Y ella asoma como la causa de muchos procesos y como la motivación para muchas políticas. Sea en los países subdesarrollados o en los desarrollados, la globalización ha alcanzado un grado de aceptación bastante generalizada. Y desde esta aceptación reverencial, a la globalización -entendida como un fenómeno reciente- se la proyecta con fuerza

hacia todos los "ámbitos de la sociedad. Se la ve como una nueva era en la historia de la humanidad, casi como un nuevo proceso civilizatorio en ciernes.

La conformación de un solo mercado mundial integrado, que influye en todo y lo resuelve todo, implicaría -según el mensaje dominante- la difusión rápida y generalizada, alrededor del globo, de la producción, el consumo y la inversión de bienes, servicios,

(*) Consultor del ILDIS y profesor-investigador de la FLACSO.

capital y tecnología. Por otro lado, en comunión con esta visión, la globalización homogeneiza la economía mundial y revasa los límites nacionales, lo cual obliga a rechazar las propuestas de integración regional en tanto frenan la globalización y el logro de sus beneficios, tanto como cualquier esquema de desarrollo alternativo que pretenda surgir rescatando las potencialidades domésticas: esto sería, para ponerlo en frase de los "idiotas" -Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Alvaro Vargas Lloza- "ciencia ficción hecha política: turismo hacia el pasado".¹

Igualmente, y como complemento de esta concepción economicista, en particular luego de la caída del muro de Berlín, es casi normal aceptar la existencia de un nuevo orden político controlado por una potencia con capacidad de acción indiscutida en toda la tierra. Tendencia que encontrará en el ámbito social un eco aglutinador que nos conduce a una cultura globalizada.

Frente a esta percepción de claro predominio económico, la única norma que cuenta es la capacidad de competencia en el mercado mundial, a ser conseguida en un ambiente de creciente liberalización y apertura. Y en este ambiente de creciente libertad -la libertad del libre mercado- solo hay espacio para aquellas políticas sanas y coherentes, de inspiración neoliberal, que conllevan crecientes sacrificios en

la actualidad con la esperanza de construir la prosperidad en el futuro.

En la globalización no todo lo que brilla es oro

Lamentablemente esa es una esperanza frustrada de antemano. Ni la globalización cumple lo que ofrece, ni las recetas aplicadas han resuelto los problemas del subdesarrollo. Es más, esas políticas consideradas generalmente como pragmáticas y serias, en tanto forman parte de "la política de lo mejor", suelen ser apenas "un ejercicio retórico donde el futuro ideal sirve para legitimar lo pésimo de hoy" (Caldagno 1996: 9).

En estas condiciones resulta imperiosa una relectura de la globalización. No para negar su existencia. No para cerrar la puerta a la integración de nuestros países en el contexto mundial. Tampoco para asumir la construcción intelectual de una propuesta teórica global contestaria a la globalización, como si ésta fuera simplemente el resultado de un producto artificial o ideológico, preparado expofeso para sojuzgar a los grupos explotados. Requerimos una aproximación realista al contexto histórico de la globalización, despojándolo de sus mitos y falsedades. Para desde allí proyectar una estrategia de desarrollo realizable y deseable para el conjunto de la sociedad, que asuma lo que es posible hacer en las actuales condiciones, sin

1. Los autores del bestseller "Manual del perfecto idiota latinoamericano" mal pueden ser tildados de perfectos ante la montaña de errores cometidos en su trabajo y menos insinuar que son latinoamericanos, en vista que todo lo nuestro les apesta.

perder de vista una necesaria utopía orientadora.

Es preciso, entonces, no asumir lógicas mal entendidas y peor explicadas, que provocan respuestas equivocadas.

“Estamos frente a una nueva era en la historia”

Para muchos analistas “serios”, la globalización asoma como una opción nueva, en tanto reflejaría la característica básica de una nueva etapa histórica. Sería, por tanto, una situación inédita que conlleva respuestas por igual novedosas. En ese sentido, hay quienes ven en la globalización hasta una estrategia para el desarrollo.

Para empezar reconozcamos que la globalización no es una estrategia, es un proceso en marcha. Y no puede ser asumido como de aparición reciente, esto es como parte de una nueva era en la historia de la humanidad.

A nivel económico, la mundialización del mercado internacional no representa ningún fenómeno reciente. En realidad, este es un proceso histórico que se inició hace mucho tiempo. Sus orígenes más profundos podemos encontrarlos en el surgimiento del capitalismo y la modernidad, con la concentración de los recursos que provocó la mundialización y colonización iniciadas en 1492, y que dio inicio a aquella etapa de “descubrimiento” de países y pueblos extraños a la cultura europea (Altvater y Mahnkopf 1996: 21). Proceso que acentuó su profundidad con la revolución industrial y que ha continuado, con diversos ropajes, hasta la actualidad. “De ese modo se va produciendo la mundialización del

poder, de la economía en primer término, en torno del capital. Es su culminación que se procesa en nuestro tiempo y que denominamos como globalización del poder” (Quijano 1994: 93).

Esta constatación de los orígenes de la globalización, como un proceso totalizante, nos obliga a reconocer que la globalidad como meta no ha sido alcanzada aún o que quizás no puede ser alcanzada (Altvater y Mahnkopf 1996: 24), sea por razones socioeconómicas propias del sistema dominante o por consideraciones ecológicas que impiden una reproducción masiva de los esquemas de producción y consumo de los países desarrollados a nivel mundial: ese estilo de desarrollo es irreplicable en gran escala.

Sin profundizar más en este punto sobre las limitaciones ecológicas, aquí resaltamos la necesidad de un análisis expresado en los términos en que Immanuel Wallerstein entiende al capitalismo, que “es, ante todo y sobre todo, un sistema social histórico” (1989). Es la lógica concreta y única de este sistema la que nos aclara, en gran medida, los acontecimientos -no todos claramente perceptibles- del presente proceso mundial de grandes transformaciones y, por lo tanto, el mismo proceso de globalización.

El capitalismo es, entonces, su punto de referencia.

Recordemos que este sistema, cualquiera que sea el grado de su desarrollo, es sumamente inestable y vital, con una notable capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias. Constatación que nos obliga a una aproximación que nos permita “describir esta realidad, de delinear con pre-

cisión lo que siempre ha estado cambiando y lo que nunca ha cambiado" (Wallerstein).

Si a este sistema capitalista lo entendemos como "un sistema de valores, un modelo de existencia, una civilización: la civilización de la desigualdad", tal como lo concibió Joseph Schumpeter, necesariamente debemos encontrar estos valores en la globalización. Esta visión del capitalismo introduce, adicionalmente, un enfoque dinámico, a diferencia de la concepción de equilibrio sostenida por economistas serios y pragmáticos, empezando por Léon Walras en el siglo XIX. Lo cual nos obliga a un estudio integrado de los diversos fenómenos que aparecen inmersos en lo que se ha constituido como un nuevo sentido común universal -el neoliberalismo- y hasta de aquellos que son producto del azar, destacando en especial el contenido real del término de moda de los años noventa: la globalización.

Todo parece indicar que asistimos a la conformación de una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo, a cual corresponden nuevas formas de organización (y nuevas formas de imperialismo). Pero que no necesariamente puede ser asumida como el nacimiento de una nueva época histórica. De cualquier forma la presente situación resulta difícil definir con claridad, en tanto estarían cambiando las formas de reparto y control del mundo, con una serie de alianzas entre potencias tradicionales y hasta emergentes que pueden desembocar en un nuevo y remozado equilibrio de fuerzas y en nuevas contradicciones (al menos en el campo económico).

Como complemento a lo anterior, convendrá identificar, a nivel de los

países industrializados, tres formas básicas de capitalismo: el capitalismo renano-alemán-nórdico, el anglosajón de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y el nipón, asimilable también al capitalismo de los nuevos países industrializados de Asia. Frente a estas tres formas dominantes en un mismo sistema internacionalizado tenemos los capitalisms dependientes, propios de nuestras regiones. Todos estos, dominantes y dependientes, enfrentan problemas y están modificando partes de sus enfoques, instituciones y modos de operar. También vemos que en unos el papel del Estado es mucho más preponderante que en otros, dependiendo a cual forma de capitalismo nos referimos. Igualmente, en unos el proteccionismo está más presente a pesar de que se difunde la liberalización. Naturalmente los niveles de consumo, de ahorro, de competitividad y aún el deseo de "búsqueda" de sistemas de equidad varía en cada una de estas modalidades.

En este sentido, y a pesar de las diferencias anotadas, hay que reconocer que este proceso de globalización ha alcanzado recientemente una mayor connotación, especialmente en base a la ampliación de los flujos económicos a partir de los años cincuenta. Aunque también cabría mencionar que la economía mundial es menos abierta ahora que lo que fue entre 1870 y 1914 (Kampeter 1996: 3). "El globo se ha vuelto más compacto en términos espaciales y de tiempo, y aquí radica lo realmente nuevo de la globalización al finalizar el siglo veinte" (Altwater y Mahnkopf 1996: 23). Una compactación explicable también por los notables avances tecnológicos de las últimas décadas, particu-

larmente en el campo de la comunicación, que han acortado las distancias.

“El mercado mundial es todo”

El mercado mundial influye en todo y lo resuelve, reza uno de los mitos más difundidos. Sus ventajas asoman como indiscutibles. Razón por la cual no nos quedaría más que aceptar que la economía -fundamentalmente en su magnitud internacional- sobredetermina la vida de las naciones; las cuales deberían impulsar los consensos sociales necesarios para procesar las reformas políticas requeridas con miras a viabilizar los cambios económicos que impone el mercado mundial.

Lo económico es importante, pero no lo suficiente como para explicar por sí sólo todos los cambios que se experimentan a nivel mundial. A la globalización hay que verla como un proceso de aristas múltiples. En el cual lo económico es apenas una de las facetas de un fenómeno de larga data, como lo dijimos antes.

Tengamos presente que “las variables económicas en sí mismas comprenden sólo una porción del drama histórico que representa el sistema” capitalista. Es cierto que en este proceso inciden las fuerzas económicas, “pero también (este sistema) involucra el efecto de desarrollos políticos e ideológicos, donde la función de los elementos económicos con frecuencia sólo puede localizarse en los antecedentes” (Heilbroner 1989: 24).

Así, no debería sorprendernos que en la globalización intervengan factores económicos tanto como sociales y políticos. Con connotaciones diversas en las diferentes realidades nacionales y locales, las cuales, vistas

desde una óptica de creciente interrelación externa, trascienden las racionalidades tradicionales. Así podríamos recordar por su impacto específico y por sus características especiales la cuestión ecológica, la explosión demográfica y los crecientes movimientos migratorios, así como la lucha contra las drogas, entre otros problemas con características comunes a la humanidad y que superan de largo el campo netamente económico.

Para entender lo que representa la globalización como proceso, entonces, necesitamos una aproximación pluridisciplinaria, sin descuidar para nada el campo cultural; única manera para comprender esta evolución heterogénea, no uniforme, atravesada por contradicciones que se manifiestan en grados variables de conflictividad. Así las cosas, las mismas reformas económicas han requerido reformas políticas, impulsadas por los organismos multilaterales, como el Banco Mundial y el FMI, en tanto éstas asomaban como necesarias para la viabilidad a largo plazo del modelo neoliberal, por supuesto.

Solo una comprensión multifacética nos servirá para diseñar una concepción estratégica que nos permita intervenir en el cambiante y a momentos confuso contexto internacional, que precisa la identificación de sus corrientes básicas, sin descuidar la complejidad de sus perspectivas.

“La globalización homogeneiza la economía mundial”

A la globalización, según reza otra de las fábulas dominantes, hay que interiorizarla como un dato. Esto es como una corriente indiscutible, que a

fin de cuentas tendría características similares para todos, aún cuando en sus inicios ocasione algunos transtornos sociales y ecológicos inevitables. Costos que se superarán posteriormente gracias a un mayor crecimiento económico.

Estamos frente a un proceso que no es uniforme, que resulta conflictivo y en muchos aspectos hasta obscuro. En el ámbito económico, estamos sobrecargados por un discurso que fomenta la libertad financiera y comercial. Sin embargo, este discurso está todavía muy distante de la realidad, en la cual, en forma paralela al aperturismo, surgen bloques económicos que imponen una serie de trabas a las relaciones con terceros países o regiones, dando paso a prácticas neoproteccionistas, particularmente en los países centrales.

Este neo-proteccionismo, que se caracteriza por medidas no-arancelarias y relaciones poco transparentes, se ha extendido en los últimos años como una salida para proteger las estructuras productivas y sociales de los países desarrollados. El GATT ha identificado unas 800 medidas no-arancelarias. A éstas habría que sumar los obstáculos administrativos que en muchos casos limitan totalmente el comercio de ciertos productos, como expresa Wilma Salgado (1996).

El efecto de este neo-proteccionismo es tal, que el incremento en las medidas no tarifarias, registrado ya en 1986, esto es al inicio de la Ronda Uruguay, superó ampliamente el efecto liberalizador de la reducción de las tarifas, de conformidad con un estudio del FMI citado por Salgado. Esta autora señala que, "los países industrializados conceden un trato discrimina-

torio a los países en desarrollo, mediante la aplicación de medidas neoproteccionistas, mientras se reservan un trato diferenciado logrado con el apoyo de los Organismos Multilaterales, que se han encargado de promover la liberalización unilateral de los países en desarrollo".

En este punto salta a la vista, como complemento de las diversas barreras proteccionistas, la política de subsidios que practican los países industrializados para aumentar o al menos mantener su participación en el mercado mundial de alimentos, procurando evitar complejos ajustes estructurales en su interior. En especial para conservar los niveles de empleo rural y el nivel de vida de los agricultores, argumentando también a favor de la seguridad alimentaria, sin asumir los costos políticos y sociales que serían necesarios para dar paso a dichos ajustes. Tan es así, que "la ayuda oficial a la agricultura, entre 1987 y 1992, creció en forma mucho más dinámica que los ingresos por exportaciones de todos los países de América Latina. Así, mientras el monto de la ayuda oficial se multiplicó por 2,4, el valor de las exportaciones de América Latina se multiplicó por 1,4 veces" (Salgado).

En este escenario, "la combinación de políticas de apertura hacia las importaciones y de supresión de subsidios en los países en desarrollo (...), contrasta con las políticas de crecientes subsidios a la agricultura y de protección de las fronteras frente al ingreso de productos importados practicada por los países industrializados". Una situación que "ha dado lugar a una relocalización del desempleo rural de los países industrializados que se

mantienen como productores, hacia los países en desarrollo importadores de productos alimenticios" (Salgado). Aquí cabe también mencionar, como algo propio de este proceso globalizador desigual y desequilibrador, a las crecientes trabas impuestas a los flujos migratorios que contrastan con la libre circulación de capitales; así como a las acusaciones de "dumping social" y "dumping ambiental" que realizan los países desarrollados en contra de los subdesarrollados (Salgado).

La realidad, entonces, nos demuestra que, al contrario de lo que se esperaba de conformidad con discurso aperturista, los países de la región experimentaron un incremento mucho mayor de las importaciones de bienes que de sus exportaciones (CEPAL 1994: 255).

En una aproximación más detallada, se puede observar que concretamente las importaciones provenientes de los países de la OCDE han crecido mucho más rápido que las ventas externas de la región. Esto demostraría que las políticas económicas aplicadas en estos años, aprovechando también de los flujos positivos de capitales registrados desde 1989-90, han contribuido a establecer un ambiente propicio para dichas importaciones y no necesariamente para incrementar las exportaciones latinoamericanas (Ugarteche 1995). Propensión que es más notoria a favor de las importaciones provenientes de los Estados Unidos, sobre todo en el caso de los países latinoamericanos.

Esta imperfecta o limitada integración comercial exige una aproximación en un contexto profundo, de tipo estructural, sobre todo si esta globalización comercial y financiera no repre-

senta el grueso de las actividades económicas del mundo. Si bien es cierto que, en años recientes, las inversiones extranjeras directas han crecido más rápido que el comercio mundial y éste aún más aceleradamente que el incremento de la producción mundial, se puede constatar que los mercados internos predominan largamente. Así, entre un 80 a 85% de la producción mundial no se comercializa internacionalmente; mientras el 90% de la inversión interna total es de origen nacional: "esta es la realidad de la economía mundial" (Ricardo Ffrench-Davis 1997: 28 y 30).

La globalización no define las condiciones del funcionamiento mundial de una manera similar para todos: "la globalización es intensa, pero parcial, heterogénea y desbalanceada; excesiva en algunos aspectos e insuficiente en otros" (Ffrench-Davis 1997: 27). Y esa es una manifestación lógica, si aceptamos que así afloran las relaciones propias de un sistema desigual como el capitalista. Situación que conduce a formas diferentes de operación de los diversos actores: empresas nacionales y transnacionales, así como gobiernos de países desarrollados y subdesarrollados. Un sistema con diferente incidencia en los mercados alrededor del mundo, los cuales, a su vez, en consonancia con lo anterior, reflejan diversos grados de integración.

Paul Krugman asegura que nos encontramos frente a una "integración imperfecta de la economía mundial". Imperfecciones que se manifiestan en tanto, en primer lugar, "no vivimos en un mundo en el que todos los bienes, servicios y factores de producción se mueven libremente a través de las

fronteras nacionales"; y, en segundo término, puesto que "frecuentemente los flujos internacionales de bienes y factores de producción no se comportan de manera armónica y eficiente como a los economistas les gusta suponer. En cambio, los mercados internacionales son imperfectamente competitivos, están caracterizados por brindar información imperfecta y en algunos casos se puede demostrar su ineficiencia".

Y lo que es más importante para sacar conclusiones que puedan ayudarnos a desarrollar una estrategia alternativa adecuada, "tampoco nos estamos moviendo de manera rápida para llegar a ese mundo" globalizado caracterizado por una integración perfecta (Krugman 1993: 17). Como es lógico suponer, esto nos conduce a abandonar aquellas posturas que abogan por una estrategia ingenua de mayor apertura y liberalización, sin antes realizar un adecuado diagnóstico de cómo y hacia dónde marcha el mundo.

Ya lo dijo hace algún tiempo Oscar Ugarteche (1990: 26), vivimos un mundo caracterizado por "una suerte de desintegración internacional, donde los países capitalistas avanzados tienen una fuerza centrípeta que concentra la dinámica del comercio, las inversiones, la tecnología y los créditos; y una fuerza centrífuga que tiene el efecto contrario en los países en vías de desarrollo".

En estas condiciones, no debería sorprender que, a pesar de los múltiples esfuerzos realizados para incrementar sus exportaciones, los países de América Latina hayan perdido sistemáticamente su participación porcentual en el mercado mundial: de

5,5% en 1980, a 5,4% en 1985 y a 3,9% en 1990. Recordemos que esta participación fue de 7,7% en 1960 (CEPAL 1994: 35). Una situación muy grave, a la cual se suma el deterioro de la economía doméstica, sumatoria que agrava mucho más la pobreza dominante en la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños, cuyos desafíos clásicos se mantendrán en los próximos años: subdesarrollo y dependencia, a los cuales habría que añadir un marcado desacoplamiento de parte sustantiva de sus sociedades en relación con el mercado mundial.

Si a nivel internacional registramos una confluencia de fuerzas centrípetas y centrífugas, dentro de los países subdesarrollados está confluencia agudiza la gestación de islotes de Norte en los crecientes mares de pobreza del Sur. Dicho de otro modo, en los países subdesarrollados hay una suerte de desenganche de los grupos más acomodados del resto de la sociedad y de enganche de estos mismos grupos con los segmentos privilegiados de la población en los países del Norte, en tanto son capaces (y tienen los recursos) para elevar su productividad y para manejar tecnologías más avanzadas. Al mismo tiempo, en el Norte, en donde los ricos son también cada vez más ricos y poderosos, crecen también aquellos grupos de miseria, o sea de "Sur" (aunque en niveles de pobreza no similares a los del mundo subdesarrollado); situación que le permitió a Lester Thurow afirmar que los "Estados Unidos es ahora una economía del Primer Mundo con una grande y creciente economía del Tercer Mundo en su seno" (Guerra-Borges 1996: 440).

Una mención especial merece el alto desempleo en los países industrializados. El cual no se caracteriza únicamente por la cantidad elevada y casi crónica de personas sin empleo, sino por su calidad en la medida que desaparecen puestos de trabajo en los cuales se mantenía latente la capacidad de organización de los sindicatos. Para Altvater y Mahnkopf esta constatación les lleva a manifestar que "la globalización económica equivale a la pérdida de puesto de trabajo" (1996: 27).

En síntesis, especialmente los países pobres viven un proceso de "integración internacional y desintegración nacional", en los términos anticipados por Oswaldo Sunkel, desde principios de los años setenta.

"Los inevitables problemas ambientales se superarán con el desarrollo"

Todas aquellas personas que ven en la globalización casi la panacea para el desarrollo, últimamente han empezado a reconocer la importancia de los problemas que surgen en la naturaleza por la actividad económica. Sin embargo, creen que estos destrozos, en tanto sacrificios propios del progreso, pueden ser subsanados con los frutos que éste generará en el futuro. Tarea que, lógicamente, debe recaer en las fuerzas del mercado.

Los sectores dominantes han proclamado la posibilidad de un enriquecimiento material continuo y un crecimiento económico constante. Esta concepción ha determinado la explotación acelerada de los recursos naturales sin permitir su regeneración.

El mundo desarrollado lideró este estilo de crecimiento, en el cual la pro-

ducción manufacturera constituyó el eje productivo de un sistema consumista, que presiona sobre los equilibrios ambientales a nivel mundial. Mientras tanto los países subdesarrollados, al jugar el papel de proveedores de materias primas para los mercados internacionales, asumieron una posición pasiva en la economía mundial.

Así, muchos de los "éxitos económicos", basados en un creciente gasto de energía y explotación de materias primas, prometían más y mejores bienes y el bienestar para todos. Se esperaba que el progreso tecnológico produjera lo suficiente para reemplazar la economía de la escasez por la de la abundancia, permitiendo en la sociedad una distribución justa de la riqueza. Sin embargo, esta estrategia no produjo los cambios sociales esperados y ha sido opacada por la sombra de la destrucción de muchos ecosistemas y de los desperdicios, que han dado paso a nuevos y crecientes problemas ecológicos.

En el orden ecológico el estilo de desarrollo imperante ha ocasionado el deterioro de muchos ecosistemas e inclusive en muchos casos ha determinado su desaparición; la implantación de formas de producción inadecuadas y prácticas que no han considerado la importancia del entorno natural han determinado que actualmente nos encontremos frente a un panorama poco alentador a nivel nacional: ríos contaminados, laderas erosionadas, bosques talados, ciudades contaminadas son apenas algunos de los más graves problemas ambientales. Muchos de ellos tienen su origen en las contradicciones económicas dadas por el modelo de desarro-

llo, que en los países subdesarrollados incentivó proyectos tendientes, en su mayoría, a la generación de divisas y no al abastecimiento de los mercados internos, lo que dio paso, además, a muchos vacíos sociales. En el orden social es determinante el impacto que el deterioro ecológico ha tenido sobre las grandes mayorías poblacionales.

Por otro lado, este modelo ha dejado en su accionar una serie de saldos que actualmente tienen un alto costo: los niveles de pobreza siguen aumentando y la crisis ecológica acusa niveles alarmantes.

En este punto cabe mencionar que son cada vez más notorios los problemas ambientales a nivel mundial. Mientras que no se han superado los límites de la economía convencional para enfrentar dichos retos. Esta, a pesar de los grandes avances logrados, "nada ha conseguido desviar el pensamiento económico de la epistemología mecanicista de los fundadores de aquella. (...) La situación no cambia con las piezas analíticas que adornan la literatura económica convencional: estas también reducen el proceso económico a una especie de modelo económico autosustentado" (Georgescu-Roegen 1981: 79).

La economía neoclásica, como puntualiza Joan Martínez Alier en coincidencia con Nicholas Georgescu-Roegen, concentra su análisis fundamentalmente en los precios -esto es en el mercado- y tiene una concepción de la realidad económica que funciona como un *perpetuum mobile* lubricado por el dinero. Este economista rumano, que dirigió sus críticas a los economistas neoclásicos tanto como a los marxistas convencionales, critica "la re-

presentación usual en los libros de texto del proceso económico por medio de un diagrama circular, un movimiento de péndulo entre la producción y el consumo dentro de un sistema completamente cerrado" (1981: 79). Un sistema cerrado, en el cual el mercado sería el campo adecuado para resolver todos los problemas existentes.

La realidad ecológica, por el contrario, nos obliga a ver el planeta Tierra como un sistema abierto a la entrada de energía solar. En ese sentido la economía necesita entradas de energía y materiales, y produce dos tipos de residuos: el calor disipado y los residuos materiales, que mediante reciclaje pueden volver a ser parcialmente utilizados. Entonces, la economía exige un suministro adecuado de energía y materiales, y también debe enfrentar el tema de los residuos de una manera no contaminante. Dicho en los términos de Georgescu-Roegen, "lo que entra al proceso económico representa recursos naturales valiosos y lo que sale es un desecho sin valor". Para este tratadista, "la materia-energía entra al proceso económico en un estado de entropía baja y sale en un estado de entropía alta". Entropía baja escasa, que habría motivado la lucha económica de la humanidad (Georgescu-Roegen 1981: 80-81).

Entonces, lo que ahora se plantea con creciente fuerza, cuando se ha agudizado la reducción de la capa de ozono, el recalentamiento global de la tierra y la pérdida de la biodiversidad, es un profundo replanteamiento de la cuestión económica, que debe comprender el suministro adecuado de energía y materiales, y también debe enfrentar el tema de los residuos de una manera no contaminante, dentro

de un análisis intergeneracional y que tampoco descuide la existencia de otras especies no humanas. Y todo esto en un ambiente de creciente internacionalización de las externalidades, como otro de los factores que presiona ya sobre la actual globalización y que, como señalamos antes, limita su globalidad como meta.

“La integración regional frena la globalización”

Entre los empresarios es bastante normal escuchar críticas contra la integración. A ésta, con frecuencia, se le considera como una tara heredada del pasado, de la época de la industrialización vía sustitución de importaciones cuando amurallamos nuestra economía con elevados aranceles. Por lo tanto, aparece como un estorbo en el camino de la apertura.

Un punto básico del análisis nos obliga a reconocer el establecimiento de innumerables acuerdos bilaterales o de integración de bloques económicos, en medio de una tendencia globalizadora. Una situación que, a primera vista estaría en contradicción con la conformación de un solo mercado mundial integrado.

Lejos de ser esa la realidad, vemos que la denominada globalización de los fenómenos económicos se autoalimenta y se contradice. Mientras por un lado se avanza para liberalizar el mercado mundial, por otro se consolidan los procesos de regionalización, integración o “bloquización”, que limitan hacia el exterior el libre comercio, al tiempo que lo promueven internamente, sin dejar de ser esfuerzos para preparar una mayor apertura...

En este complejo ambiente, los grandes bloques compiten por el liderazgo mundial buscando asegurar sus mercados regionales, pero al mismo tiempo tienen múltiples entrelazamientos en el campo del comercio, la inversión y la tecnología. Los bloques menores -como el Pacto Andino o Comunidad Andina- no buscan para nada un camino al margen del mercado mundial, tampoco propugnan una estrategia programada de participación en dicho mercado.

En la práctica y más allá de los discursos oficiales, estos esfuerzos de integración regional abierta se han convertido en una suerte de trampolín para acelerar la transnacionalización de las economías de sus miembros. Si antes la integración era el objetivo para preparar la participación de los países miembros en el mercado mundial, “ahora sucede a la inversa: el objetivo es el mundo y la apertura hacia América Latina es una consecuencia” (Guerra-Borges 1996: 436).

Esta regionalización o integración, en su nueva versión aperturista (conocida por la CEPAL como “regionalismo abierto”), es parte del proceso mundial, en el cual se confunden los acuerdos bilaterales con los esfuerzos multilaterales dentro de la lógica del sistema capitalista mundializado: serviría para “profundizar los procesos de integración en el entorno específico de la globalización, a fin de lograr la mejor participación posible en todos los órdenes que esto implica y elevar la calidad de vida de la población”. Se trata de “regionalizar la globalización”, dice Alferdo Guerra-Borges (439). En términos cepalinos, esta aproximación debe conciliar la apertu-

ra de nuestras economías con los acuerdos intergubernamentales a los productos de los otros países andinos. No es para nada una opción obscurionista y tampoco una vía para desarrollar una estrategia de inserción conjunta en el mercado mundial.

Por lo demás, hay que dejar sentada la importancia que tiene el intercambio intraregional a nivel mundial. Si, como vimos antes, apenas un 20 a 15% de la producción del mundo es comercializada a nivel mundial, un porcentaje elevado de este intercambio se produce dentro de las regiones. Así, por ejemplo, de conformidad con informaciones de la OMC, el intercambio intra-Europa (12 países) se acercó al 58% en 1994 y el comercio intra-América del Norte (Canadá y Estados Unidos) representó casi el 37%; mientras que el flujo comercial intra-América Latina apenas fue de un 20% del total (Ffrench-Davis 1997: 28).

Si en términos cuantitativos esta importancia es indudable, también cabe mencionar su significación por la calidad de las ventas externas. Para América Latina, en especial, estas transacciones implican mayor intensidad en valor agregado e innovación tecnológica, que lo que representan sus exportaciones de bienes primarios o semielaborados hacia los países desarrollados. Ffrench-Davis afirma, con razón, que "las exportaciones intralatinamericanas son más generadoras de desarrollo económico y social".

"Hay que subirse al tren de la modernidad tecnológica"

Para conseguir nuestro desarrollo precisamos acceder a los grandes

avances tecnológicos, se asevera repetidamente. Estos avances deberían garantizar la modernización del aparato productivo y de la sociedad en general. No cabe -según esta apreciación- perder el tiempo en el desarrollo de nuestras propias tecnologías. Sólo es un problema de cómo adquirir nuevas tecnologías y basta.

Aquí conviene relieves las características del cambio técnico y su impacto sobre América Latina. Impacto que ilustra al menos parte de las dificultades que atraviesa nuestro aparato productivo. Las transformaciones tecnológicas y tecnosociales provenientes de realidades diferentes a las nuestras explican por lo demás la lentitud en su adaptación en nuestras realidades socioculturales y también su difícil readaptación a las nuevas demandas. Vistas así las cosas, estas transformaciones, lejos de representar una palanca para nuestro desarrollo, pueden transformarse en nuevos riesgos.

Una realidad explicable por la naturaleza de un cambio técnico -casi siempre- ajeno a la situación de las sociedades latinoamericanas. Pensemos que muchos de los cambios tecnológicos actuales se inscriben en los esfuerzos que realizan las naciones desarrolladas para reemplazar el uso de mano de obra por capital, para provocar la desmaterialización y desenergización de la producción con miras a ahorrar o a reemplazar materias primas y energía importadas, para conseguir una mayor utilización de la información y una creciente innovación en todos los procesos productivos y comerciales. Todo esto en medio de una acelerada difusión de las nuevas tecnologías en los aparatos producti-

vos de esos países, que produjeron endógenamente dichos cambios para agilizar la integración descentralizada de la producción, así como para viabilizar sistemas de mejora continua y de aprendizaje constante, que conducen a una creciente flexibilidad y adaptabilidad de sus empresas. Aquí cabe también una mención sobre los cambios en el paradigma organizativo de la producción para lograr mejoras en la productividad y mayor competitividad. Todo con miras a conseguir una mayor competencia estructural.

Esta claro, entonces, que la disputa por el poder económico a nivel mundial está signada por un complejo desarrollo de tecnologías de nuevos procesos y no de nuevos productos.

Todas estas tendencias nos abocan a comprender primero los cambios tecnológicos en marcha. Requerimos conocer cuáles son las motivaciones y los resultados de la desmaterialización como parte de aquella innovación destructiva (Schumpeter), que deja obsoletas inversiones productivas realizadas anteriormente y que reduce el aporte de materias primas en los productos finales. A la desmaterialización, por ejemplo, hay que entenderla como resultado de la búsqueda de tecnologías orientadas a producir nuevos materiales sintéticos que permitan reducir el peso de la factura comercial. Esto, a su vez, nos indica que es preciso considerar los efectos que pueden producirse sobre nuestras economías, concretamente sobre nuestras exportaciones de materias primas y también en el momento de decidir sobre posibles inversiones, particularmente sobre aquellas que atan un considerable volumen de recursos financieros.

En este contexto aflora la necesaria comprensión de los avances tecnológicos de punta, por ejemplo, la microelectrónica que, en sus diversas aplicaciones (robótica, informática, telemática, etc.), desempeña un papel central. La biotecnología también requiere un análisis detenido, sobre todo por la significación que tiene para la producción agropecuaria; pensemos, por ejemplo, lo que puede representar la clonación. Y en este escenario, también, cobran inusitada vigencia aquellas tecnologías que pueden ayudar a reducir los impactos ambientales.

Todo lo cual se complementa con nuevas e innovadoras formas de acción empresarial, como aquel proceso cada vez más extendido de la producción "justo a tiempo" (just in time), que está revolucionando los sistemas de comercialización. Y que es posible por la compresión de los períodos de producción, viable por los mismos cambios tecnológicos introducidos.

Estos cambios tienen como elemento común su sustento en el conocimiento, que conduce a la adopción de sistemas de producción altamente integrados. Así, no sorprende que se transite de sistema de producción en masa (Fordismo) a otros caracterizados por su flexibilidad. Con lo cual, en términos prácticos observamos como las maquinarias unifuncionales van cediendo espacio a equipos multifuncionales y cada vez más flexibles. Esto está llevando a la conformación de un aparato productivo en los centros "ágil, flexible y de empuje a gran escala", como afirmó Wolfgang Schmidt (1992). En número creciente de casos se puede "estandarizar lo necesario, sin perjuicio de flexibilizar la producción e individualizar el consumo, re-

solviendo uno de los problemas del industrialismo clásico".

De todo lo anterior podemos concluir que los principales cambios económicos y avances tecnológicos anotados responden a problemas específicos propios de los países desarrollados. Por lo que su difusión y su uso en otros contextos no están garantizados por la simple disponibilidad de recursos financieros y la imitación en su empleo, sino por complejos procesos de asimilación y adaptación. Es por eso que muchas veces, más por razones culturales y sociales, que no se ha podido integrar en los países subdesarrollados el "progreso" de Occidente.

Para los países subdesarrollados también es importante reconocer que las ventajas comparativas no pasan por la posesión de recursos naturales; un descubrimiento angustioso si pensamos que nos dirigimos con enorme vigor y redoblada ceguera a la constitución de una remozada modalidad de acumulación pasadista, que nos transformará en economías primario-exportadoras modernizadas, en las cual predominarán las explotaciones de elevada renta diferencial (aquella que ofrece la naturaleza por la riqueza del mar, suelos o subsuelo, más que sólo por el esfuerzo de la persona humana), tales como el petróleo, la minería, la pesca, la explotación maderera y algunos productos agrícolas. En estas ramas económicas se sustentará el crecimiento económico la próxima década, con espacios mínimos para una industria manufacturera doméstica exportadora, aunque con ciertos efectos multiplicadores y de encadenamiento favorables para algunas mercancías no-transables (Schuldt 1994).

Todo lo cual agravará los riesgos ya conocidos: mayor dependencia de la economía internacional; reconstitución de una economía de enclaves; mayor grado de desnacionalización de las líneas básicas de la producción; fortalecimiento de las tendencias concentradoras de la riqueza y el ingreso. Con esto no queremos decir que toda modalidad de acumulación primario-exportadora sea inviable. La historia nos muestra que hay países que hoy son desarrollados y que, inicialmente, tomaron esa ruta sin caer en la periferización. Pero para remontar el subdesarrollo debieron darse condiciones muy especiales, económicas y socio-políticas (Schuldt 1994).

"Las fronteras nacionales han sido superadas"

De la práctica de las empresas transnacionales hay quienes obtienen conclusiones amplias para nuestros países, que apuntan hacia una superación de aquellas visiones nacionales del desarrollo. Se dice, una y otra vez, que las fronteras de los países han sido desbordadas por el mercado mundial y por las empresas trananacionales, con lo cual sus estados han perdido vigencia como actores activos en el desarrollo. El mundo se ha transformado en una "aldea global", concluyen.

Hay que reconocer que, a nivel internacional se registra el establecimiento de un complejo sistema productivo de "racimos tecnológicos", cuyas "uvas" (unidades productivas) están distribuidas en varias partes del planeta, y cuya administración depende de poderosos grupos empresariales que concentran la conducción de estos sis-

temas, haciendo que sus operaciones alcancen un elevado grado de internacionalización. De suerte que la clave del éxito de las empresas, muchas de cuyas relaciones han superado las fronteras nacionales, en particular de las transnacionales, estaría en la flexibilización de los procesos productivos y en el dominio de las tecnologías y los procedimientos de organización.

Igualmente hay transformaciones registradas en el interaccionar de las empresas que comienzan a integrarse en complejos sistemas de administración, en los cuales las relaciones con los proveedores y subcontratistas adquieren un enorme relevancia, tanto como las relaciones intrafirma (Aquí juega un papel importante aquella práctica de "justo a tiempo"). Y todo en medio de un curioso fenómeno asimilable a la "realidad virtual", por la constitución de empresas deslocalizadas en términos productivos e integradas por el conocimiento y la comunicación en una estructura que superó largamente los conceptos clásicos de la unidad empresarial.

Entonces, más que hablar de una globalización, desde esta perspectiva de las "uvas" como componentes de un "racimo tecnológico" y desde los procesos de integración parcial de ciertos segmentos de la sociedad al mercado mundial, cabría mejor decir que se vive un proceso de "glocalización" (neologismo inventado por el presidente de la SONY), en tanto solo reducidos grupos humanos y empresariales locales, así como determinadas zonas de un país -a nivel de ciudades, por ejemplo- se integran al proceso de mundialización.

Así, se afirma que "las ciudades están convirtiéndose en el filo de la competencia, más que las economías nacionales". De conformidad con lo que propone Nigel Harris, consultor del Banco Mundial, habría que aprovechar de las capacidades y características propias de cada ciudad para forzar la competencia global y no simplemente nacional o regional. Es más, no cabría preocuparse por el entorno, en tanto ciudades como Hong Kong o Singapur serían afortunadas al no tener "ningún país amarrado al cuello". Esta visión acepta como un dato acríptico la globalización y ratifica la vocación de "uvas" para las ciudades de nuestros países. Perspectiva preocupante si tenemos en mente la realidad integrada de la ciudad y su entorno, como parte de un todo más complejo, que no se agota simplemente con la realidad urbana y sus problemas (Pensemos únicamente en la carga ecológica de cada ciudad o en las presiones demográficas provocadas por las migraciones). Lo cual, no obstante, tampoco debería eliminar una respuesta estratégica de las diversas ciudades como parte de un todo nacional, que permita enfrentar los retos planteados por las fuerzas mundializadoras.

Los actuales estados-nacionales, sobre todo de los países subdesarrollados, se encuentran mediatizados, en especial, por el poder creciente de las grandes empresas transnacionales, cuyos intereses y necesidades impulsan en gran medida el actual proceso de internacionalización de la economía. Esta globalización, que no es global, se caracteriza en gran medida por las formas de operación de estas

grandes empresas, que "definen sus estrategias en el marco de mercados múltiples", tanto comerciales como financieros (Bendesky 1994: 983). Y las relaciones de los países centrales se sustentan cada vez más en el poder de estas compañías, que revasan los límites y muchas veces hasta los intereses de sus estados de origen. Su lealtad se centra en las posibilidades de acumulación y en la conducción de los diversos sistemas de producción integrados a nivel mundial, antes que en compromisos nacionales.

En este complejo esquema, las clases propietarias de los países subdesarrollados juegan un papel marginal, pero consecuente con los cambios que se originan en los centros. Explicación válida para comprender porque el capital financiero internacional ha asumido cada vez más un papel rector del proceso de acumulación.

Una situación que también nos permite hablar de un tendencia hegemónica transnacional, que facilita la superación de ciertos conceptos nacionales. Las fronteras nacionales, por ejemplo, han asumido una función creciente de freno hasta violento para la migración de habitantes de los países pobres hacia los países desarrollados. Mientras que los estados-nacionales, al perder su capacidad como factor para promover el desarrollo nacional, se han transformado apenas en garantes de una transnacionalización sumisa de sus propias economías en función de los principios rectores del gran mercado mundial "global sourcing, global pricing, global costing". En este contexto se podría afirmar que la aldea global abre la puerta al saqueo global ("global village - global pillage" Brecher/

Costello, citado por Altvater y Mahnkopf 1996: 23).

En conclusión, "la globalización es, en todo caso, un fenómeno que se presenta de manera muy desigual para diversos países, regiones internas, sectores de actividad, industrias y empresas. Este es, precisamente, uno de los límites o la paradoja de la propia globalización y es que su alcance no es generalizado", como bien afirma León Bendesky (1994: 983).

"Vivimos un nuevo orden internacional unipolar"

Uno de los mitos complementarios para vender como indiscutible a la globalización económica, radica en la constitución de un nuevo orden político internacional, caracterizado por el predominio de una sola potencia: los Estados Unidos, los grandes triunfadores en su enfrentamiento con la Unión Soviética. Potencia que tendría poderío suficiente para reorganizar el mundo en solitario.

Recordemos el triunfo norteamericano en la "Guerra Fría", al concluir la década de los ochenta. Sin embargo, los costos de dicha guerra impactaron también en ese país e hipotecaron en cierta medida su economía y parte de su estructura física a capitales europeos y japoneses. Todo en un ambiente preñado de crecientes disputas financieras y comerciales entre los países industrializados, muchos de cuyos puntos en disputa se ventilan en complejas negociaciones comerciales.

En concreto tenemos una potencia política y militar con vocación universal, los Estados Unidos. La cual, sin

embargo, no está en capacidad para asumir todas las transformaciones en el campo económico. Lo que cuenta es su pérdida de productividad y rentabilidad en importantes rubros de su economía, cuyas características adicionales son el lento crecimiento económico, la caída de las tasas de inversión y la disminución relativa del poder económico de los Estados Unidos frente a los otros países capitalistas industrializados. Este cuestionamiento del poderío económico norteamericano contrasta con la capacidad militar y aún política de este país; desequilibrio que provoca también una serie de complicaciones adicionales.

A pesar de que los Estados Unidos tienen una economía menos dinámica que la japonesa y alemana, y de que atraviesan por complejos desequilibrios fiscales y comerciales (o quizás por esas razones), en determinadas coyunturas internacionales han resuelto enfrentar sus problemas domésticos utilizando su poderío militar y su control político, para colocarse en mejores condiciones dentro del actual reordenamiento del poder mundial. Esto ratificaría que el empleo de la fuerza es un elemento constitutivo en el proceso de acumulación del capitalismo histórico. Y, a su vez, que los Estados Unidos están empeñados en recuperar su poder hegemónico; un empeño por demás normal si consideramos que "la principal preocupación de los hacendados de la política de los Estados Unidos de América, desde la segunda guerra mundial, ha sido el 'liderazgo mundial'. Cuando fue necesario, y posible, los asuntos domésticos se subordinaron al objetivo supremo de construir y sostener la hegemonía estadounidense-

se sobre los aliados, la confrontación con los adversarios y la dominación de los que están bajo su protección (clientes)" (Petras y Vieux 1996: 50).

La desaparición del equilibrio bipolar, que saltó en pedazos por el derrumbe del imperio soviético, generó un vacío de poder que fue llenado por Occidente. La inexistencia de un poder unipolar no abona necesaria y mecánicamente en favor de un organizado trilateralismo o Triada -Norte América, Europa y Asia Oriental-, que no deja de ser una posibilidad todavía plagada de interrogaciones, contradicciones y desórdenes, sobre los que se procesa la instauración de un nuevo orden mundial. En el cual con creciente fuerza incursionan los Tigres y Dragones asiáticos.

En definitiva, de la experiencia de los años recientes podemos concluir que presenciamos la configuración de una suerte de (des)orden mundial no muy estable y tampoco muy operativo; basta ver la incapacidad política para resolver algunos conflictos regionales y el enorme potencial conflictivo a nivel comercial y financiero entre estos tres centros de poder. Las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y el Japón resultan casi paradigmáticas de la compleja situación, en la cual los Estados Unidos esgrimen respuestas propias desde su posición de primera potencia, como es la amenaza para adoptar medidas unilaterales de retorsión si se limitan a sus exportaciones.

Si en este sistema -profundamente polarizado y polarizador- ya no cuentan tanto los estados-nacionales, hay quienes concluyen que se estaría consolidando una especie de estado-uni-

versal, sustentado en varias estructuras supranacionales. En términos económicos, también hay que destacar la incidencia de los organismos multilaterales: FMI, Banco Mundial y, para el caso latinoamericano, el BID; en el campo político, las Naciones Unidas actúan como instrumento de reordenamiento mundial, en función de los intereses de las grandes potencias, con los Estados Unidos a la cabeza, basta ver lo sucedido en las crisis de Yugoslavia, Irak o Somalia.

El desplazamiento de los Estados Unidos como primera potencia tecnológica, en definitiva, ha originado "un oligopolio mundial, heterogéneo y altamente inestable en el cual las empresas estadounidenses, japonesas y europeas luchan entre sí por colocarse a la cabeza" (Dieter Ernst 1990: 20). En este escenario, si bien las tendencias son inestables, se registra también una alta homogeneización y comunidad de intereses de los países más desarrollados, tanto en la coordinación de sus políticas económicas a nivel de sus gobiernos como en las interrelaciones de las empresas transnacionales, a más de un creciente acercamiento cultural de sus sociedades. Tendencia respaldada por los organismos multilaterales. Mientras tanto, los países subdesarrollados se encuentran más que nunca aislados entre sí, sin rumbo claro y al parecer presas de una "ilusión" globalizadora.

"La cultura es global"

Si el capitalismo, a través del mercado mundial, predomina en la evolución del mundo, lo lógico -nos dicen- es aceptar su sistema de valores como base de una nueva sociedad

globalizada y a su vez como fuente de una cultura mundial.

Teniendo como telón de fondo las transformaciones económicas y tecnológicas, brevemente reseñadas anteriormente, no podemos pasar por alto sus efectos sobre la política y la cultura, en medio de procesos por igual complejos y hasta contradictorios.

Mientras los flujos económicos imperfectos -comerciales, financieros y tecnológicos- integran solo a ciertos segmentos de la población, y mientras las puertas del Norte permanecen cerradas para la migración de desocupados del Sur, la comunicación (la televisión, en especial) ha abierto las puertas del mundo. Y por eso, a pesar de que importantes grupos humanos están excluidos por su baja productividad y por su reducido nivel de manejo tecnológico de los beneficios económicos, no es menos cierto que sí pueden estar integrados comunicacionalmente en el mundo. Así tenemos grupos marginados que conocen, a través de los medios de comunicación, las agitadas vidas de los grupos privilegiados...

Esta situación, empero, no garantiza un real acercamiento cultural y menos aún su homogeneización a nivel mundial. Los nuevos paradigmas tecnológicos fracturan el orden mundial, dejando al margen a importantes sectores de la sociedad. Sin embargo, simultáneamente se produce una suerte de acercamiento de las relaciones socioculturales a través de los avances tecnológicos, especialmente de las comunicaciones y el transporte; convertidos en una especie de anzuelo de la globalización. Aquí surge con fuerza el "American way of life" como intento de imponer una cultura

dominante, que impone como sistema básico de valores la desigualdad propia del capitalismo y sus patrones de consumo y comportamiento que pretenden uniformar en un cierto nivel la heterogeneidad existente y que se difunden con enorme fuerza en casi todas las regiones del mundo, sobre todo en América Latina. Y así como resulta casi irresistible esta americanización, lo que es radical no son las ideas mismas, sino la velocidad de su difusión.

Vistas así las cosas, si aceptamos la existencia de una cultura dominante -no globalizada-, que ahora nos aboca a asumir tendencias cada vez más internacionalizadas, propias del capitalismo mundial, hay que registrar también el afloramiento de posiciones críticas, muchas de ellas de tinte nacionalista o localista, algunas fundamentalistas, cuestionadoras del mensaje globalizador con el que se vende una globalización que no es global. Y este enfrentamiento con una globalización "occidentalizante" provoca "una creciente y diversificada indigenización de formaciones socio-culturales" (Sánchez-Parga 1996; 37). Lo cual ratificaría la predicción S. Huntigton sobre "el choque de las civilizaciones", en el cual "el conflicto entre civilizaciones será la última fase de la evolución de los conflictos en el mundo moderno" (Huntigton citado por Sánchez-Parga).

"La política económica neoliberal es la única vía viable"

Frente a la transnacionalización de la economía mundial tenemos que reformar estructuralmente nuestras economías y sociedades. La meta es la integración acelerada en el mercado

internacional para poder disfrutar de las ventajas que éste ofrece. Y el mecanismo para lograrlo exige la desregulación de los mercados, la apertura de la economía, la flexibilización laboral, la apertura del comercio exterior, las privatizaciones, actividades que pasan por la estabilización macroeconómica.

En este mito se resumen los nueve mitos anteriores. Es el mito de los mitos.

Para empezar, los mensajes dominantes, expuestos en los puntos precedentes, tratan de negar la existencia de una política económica alternativa. Quieren que se asuma, gracias "a la alquimia verbal" (Calcagno), como oportunidades las limitaciones y restricciones de la globalización en marcha. Y concluyen que para que estas "oportunidades" tengan alguna posibilidad de transformarse en elementos para impulsar el desarrollo, se precisa la continuidad en la aplicación de esquemas neoliberales, sintetizados en varios "versos" de aparente validez universal: "achicar el Estado es agrandar la nación"; "se cabó la historia: la sociedad será siempre capitalista y liberal"; "el liberalismo lleva a la democratización"; "tenemos que adoptar el modelo neoliberal, que es el que se impone en el mundo"; "hay que ser pragmático: ya pasó la época de las ideologías", "el mercado lo resuelve todo del mejor modo posible"; "primero hay que agrandar la torta y recién después repartirla"; "el nacionalismo es una expresión retrógrada que debe desaparecer"; "la soberanía nacional es una supervivencia del pasado, está superada y en disolución"; "las privatizaciones y el capital extranjero son la solución"; "no se pude dejar de pagar la

deuda externa"; "ante todo, hay que hacer el ajuste..." (Calcagno 1995).

Así, a este "modelo neoliberal de organización económica", se le ha elevado a la categoría de "la única respuesta posible en la circunstancia económica que vivimos" (Durán Cousin 1993: 69). Para fortalecer la vigencia de sus mitos o versos, los neoliberales se presentan así mismos como serios y objetivos, como lectores implacables de realidades y números indiscutibles, como profetas libres de prejuicios, defensores de un modelo que resguarda de antemano y en una suerte de fundamentalismo mesiánico su supervivencia al afirmar que "es condición *sine qua non* para el éxito de la política económica neoliberal la aplicación integral del modelo" (Durán 1993: 107).

En esa misma línea de reflexión, el neoliberalismo pretende que la comparación relevante para aceptar su instrumentación parta por analizar la situación después del ajuste, enfrentándola con la que habría en el caso de no haberse producido el ajuste. De suerte que no compara la situación anterior con la posterior al ajuste, sino que ya implícitamente plantea su inevitabilidad. Haciendo creer a la población que la pobreza sería aún mucho peor sin el ajuste, o sea que le condiciona a aceptar el enorme sacrificio humano. Otro falso dilema, que cierra la puerta a cualquier alternativa: ajuste neoliberal o mantenimiento de la situación, la tradicional apuesta de todo o nada...

De suerte que se esgrimen tres afirmaciones: la primera, el ajuste es inevitable; la segunda, el costo en términos humanos es también inevitable; la tercera, el ajuste neoliberal ofrece los

menores costos posibles. Inevitabilidades, que son el resultado de muchas inevitabilidades previas, que explican los ajustes y hasta su fracaso. Así, llegan a cuantificar los costos sociales del ajuste y decir, con un desparpajo digno de Ripley, que éstos se han producido por no haber realizado los ajustes adecuados o no haberlo hecho en su totalidad o antes, cuando se debió haberlo hecho...

Por eso es que los neoliberales, en el fragor del derrumbe soviético y en el colapso de los mal entendidos esquemas heterodoxos, quieren presentar su política económica, su receta milagrosa, como una herramienta carente de toda influencia ideológica. Como una opción técnica y políticamente asexualada. De la estabilización o combate a la inflación -a través de medidas ortodoxas o cuasi-ortodoxas- esperan pasar a la recuperación del crecimiento económico -a través del único camino: la apertura total de la economía y la instauración de las libertades del mercado-, para luego desembocar en aquella bonanza económica que traería consigo el ascenso en el nivel de vida de la población -a través del viejo efecto del goteo (trickle down)-.

El neoliberalismo es una respuesta al Estado intervencionista que -según sus propulsores- frenó la iniciativa privada, y a la sustitución de importaciones, que limitó la competitividad internacional. No les interesa conocer las razones del intervencionismo en su búsqueda de una inserción relativamente programada en el mercado mundial. Para ellos, esos problemas están allí casi por generación espontánea, cuando no como consecuencia de ideas exotranjerizantes y socializantes. Por eso

esta concepción neoliberal se declara inocente por los destrozos que ha ocasionado el mercado mundial y aún el propio neoliberalismo.

Tanto es así, que casi se trata de hacernos creer que las políticas económicas "populistas", con las que supuestamente se quería satisfacer las necesidades populares, son las causantes de nuestra desgracia; dicho más claramente, los pobres, los marginados y los desocupados serán los correponsables directos al haber apoyado a los populismos...

Su empacho triunfalista es tal, que al olvidarse de los viejos y conocidos orígenes liberales del neoliberalismo, nos recuerdan a José Arcadio Buendía, cuando llevó a sus hijos a conocer aquella portentosa novedad de los sabios de Memphis, allí hace muchísimos años en el siempre presente Macondo de Nuestra América, esto es a ver aquel trozo de hielo, producido por esa máquina que le vino a la memoria a Aureliano cuando enfrentaba el pelotón de fusilamiento, sobre el que, "como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó:

Este es el gran invento de nuestro tiempo".

Acto de enorme sabiduría en el caso de José Arcadio, cuando empezó a descubrir el mundo del realismo mágico, y de profundo autoritarismo y de perversa ingenuidad en los neoliberales, cuando nos quieren hacer aceptar

en forma sumisa su mundo real de explotación y exclusión. Un mundo al cual cobijan con un término amplio y de gran venta: la globalización, con el cual pretenden cubrir todo, cuando en realidad no dice mucho.

La globalización, vista con el lente neoliberal, niega la posibilidad de alternativas y es, por lo tanto, otro de aquellos mitos instrumentalizados para justificar atropellos, para ocultar responsabilidades políticas y para legitimar los intereses de los países desarrollados, de las empresas transnacionales y hasta de las élites del mundo subdesarrollado. Sirve, desde su marco cultural de aparente validez universal, para dirigir y reorganizar el mundo en función de los requerimientos del gran capital. Y funciona, pues, casi como una excusa para ocultar los logros del capitalismo histórico en términos de desigualdad de la distribución, en tanto "ha implicado una creación monumental de bienes materiales, pero también una polarización monumental de la recompensa" (Wallerstein 1989: 64).

En fin, dejemos a los neoliberales con sus mitos. Nosotros, concientes de que no hay una forma única de hacer las cosas, pensemos y repensemos todas las alternativas que sean necesarias para construir un mundo sin excluidos, con la humildad de quien busca la verdad y no de quien cree poseerla.

BIBLIOGRAFIA

- Acosta, Alberto; "Lecturas sobre la globalización-Desde y para la economía ecuatoriana", Curso sobre "Globalización", destinado a egresados de la Facultad de Economía de la Universidad de Guayaquil, 1996 (mimeo).
- Acosta, Alberto; "Dialéctica de la globalización", en Salgado, Wilma; "Integración comercial y globalización", Serie Diálogos, CAAP, abril 1996.
- Altvater, Elmar y Mahnkopf, Birgit; "Die globale Ökonomie am Ende des 20. Jahrhunderts", en la revista Widerspruch Nº 31, Zürich, 1996.
- Bendesky, León; "Economía regional en la era de la globalización", en la revista Comercio Exterior, Vol. 44, Nº 11, México, noviembre 1994.
- Calcagno, Alfredo Eric; y Calcagno, Alfredo Fernando; "El universo neoliberal - Recuento de sus lugares comunes", Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995.
- Calcagno, Alfredo Eric; y Calcagno, Alfredo Fernando; "Entre la ilusión de lo óptimo y la realidad de lo pésimo", en la revista Realidad Económica Nº 144, Instituto Argentino de Desarrollo Económico (IAED), Buenos Aires, noviembre- diciembre 1996.
- CEPAL; "Políticas para mejorar la inserción en la economía mundial", Santiago de Chile, marzo 1994.
- Durán Cousin, Eduardo; "La hora neoliberal de América Latina - Un estudio objetivo", Fundación Hanns Seidel y Academia Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito, 1993.
- Ernst, Dieter; "Tecnología y competencia global: el desafío futuro para las economías de reciente industrialización, Pensamiento Iberoamericano Nº 16, Madrid, 1990.
- Ffrench-Davis, Ricardo; "Alcances económicos de la globalización" en la revista Nueva Sociedad Nº 147, Caracas, de enero-febrero de 1997.
- Georgescu-Roegen, Nicholas; "La ley de la entropía y el proceso económico", en Doryan, Eduardo y Umaña, Alvaro (editores); "Energía para el desarrollo", Editorial Tecnológica de Costa Rica, San José, 1981.
- Guerra-Borges, Alfredo; "Globalización de la regionalización en América Latina: un punto de vista alternativo", en la revista Comercio Exterior, Volumen 46 Nº 6, México, junio 1996.
- Harris, Nigel; "Ciudad y mercado mundial-Las posibilidades de especialización internacional de Bogotá", en la revista de la Cámara de Comercio de Bogotá Nº 84, Bogotá.
- Heilbroner, Roberto L.; "Naturaleza y lógica del capitalismo", siglo XXI Editores, México, 1989.
- Kampeter, Werner; "Politik der Globalisierung", Friedrich Ebert Stiftung, Seul, octubre 1996.
- Martínez Alier, Joan; "De la economía ecológica al ecologismo popular", Nordan Comunidad e ICARIA, Montevideo, 1995.
- Oman, Charles P.; "Los desafíos políticos - Globalización y regionalización", Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1996.
- Petras, James y Vieux, Steve; "No hay paz sin el 'liderazgo' de Estados Unidos - Bosnia y el renacimiento de la hegemonía estadounidense", en la revista Realidad Económica Nº 144, Instituto Argentino de Desarrollo Económico (IAED), Buenos Aires, noviembre- diciembre 1996.
- Salgado, Wilma; "Integración comercial y globalización", Serie Diálogos, CAAP, Quito, 1996.
- Sánchez-Parga, José; "Globalización, cultura y modernidad", Quito, 1996, mimeo.
- Schmidt, Wolfgang; "América Latina: entre la polarización del mercado mundial y la apertura", serie Diálogos, CAAP, Quito, 1992.

- Schubert, Alexander y Narr, Wolf-Dieter; "Weltökonomie - Die Misere der Politik", edition suhrkamp, Frankfurt, 1994.
- Schuldt, Jürgen; "Ecuador: estrategias para una política de comercio exterior", serie Diálogos, CAAP, Quito, 1994.
- Schuldt, Jürgen; "La enfermedad holandesa y otros virus en la economía peruana", Documento de Trabajo, Universidad del Pacífico, Lima, diciembre 1994.
- Sunkel, Osvaldo; "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina", en El Trimestre Económico N° 150, México, 1971.
- Ugarteche, Oscar; "La hegemonía en crisis-Desafíos para la economía de América Latina", Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1990.
- Ugarteche, Oscar; "El falso dilema; América Latina en la Economía Global", FES-LIMA, 1995 (mimeo).
- Wallerstein, Immanuel; "El capitalismo histórico", Editorial Siglo XXI, México, 1989.

25

DEBATE AGRARIO

Análisis y Alternativas

EDITORIAL / Relaciones laborales y sociedad rural: Huamanga y Huanta, *Jaime Urrutia*. La polémica sobre la tragedia de los comunes: Un caso andino, *Jorge Gascón*. La organización de la industria azucarera: Experiencias internacionales, *Jorge Chullén*. Mercado de tierras y exclusión social en el agro costeño, *Eduardo Zegarra*. INTERNACIONAL: La nueva legislación rural en México, *Horacio Mackinlay*, *Juan de la Fuente*. Cuba: Hacia una tercera reforma agraria, *Juan Valdés*. La ganadería argentina: Notas acerca de su atraso tecnológico, *Marcelo Posada*, *Pablo Pucciarelli*. DOCUMENTOS: La hoja de cosa y sus encrucijadas, *Fernando Cabieses*. Del desarrollo alternativo al desarrollo sostenible de la Amazonía andina, *Alberto Villavicencio*. RESEÑAS / PUBLICACIONES RECIBIDAS

Suscripción (4 números): Perú S/. 60. Latinoamérica US\$ 38. Norteamérica y Europa US\$ 40. Asia y Africa US\$ 42.

Pedido y giros a nombre de CEPES. Av. Salaverry 818, Lima 11, Perú.